

nes sólo quedaba uno útil, el *Victoria*, que en fin de Diciembre de 1521 continuó su viaje, mandado por el piloto vascongado Sebastián de Elcano. El *Victoria*, después de tocar en Buru y Timor, bajó por el mar de la India y dobló el cabo de Buena Esperanza, dirigiéndose luego hacia el N. y llegando el 6 de Septiembre de 1522 á Sanlúcar (Sevilla), después de haber dado la vuelta al mundo en tres años. Por esta circunstancia, el rey — que recibió muy bien á los sobrevivientes de la expedi-



Fig. 6.—Sebastián Elcano

ción Magallanes — concedió á Elcano un escudo de armas en el que figuraba un globo terrestre con la siguiente leyenda: *Primus circumdedisti me*.

En 1525, el mismo Elcano, con Loaysa, hizo una nueva expedición, que fué muy desgraciada. Sólo un buque llegó á Timor, donde se fortificaron los españoles sobrevivientes, con ánimo de hacer de aquel punto el centro comercial con la tierra de las especias, en competencia con los portugueses. Un año después, intentó otra expedición análoga Sebastián Cabot ó Cabotto, piloto al servicio del rey Carlos; pero fracasó, no llegando más allá del río de la Plata.

Los portugueses habían visto con desagrado la expedición de Magallanes y, aunque no se opusieron á ella en forma, dilataron todo lo posible el regreso á España de varios tripulantes que se habían quedado en Timor al marchar Elcano en 1521. Pretendían los portugueses ser los únicos explotadores de aquella región, creyendo, contra lo que Magallanes sostenía, que las islas Molucas correspondían al hemisferio portugués. Para resolver esta cuestión amistosamente, nombraron ambos monarcas una comisión mixta que, tras varias sesiones, se disolvió sin llegar á

un acuerdo, realmente imposible por la inseguridad en la medida de los grados y meridianos y por la vaguedad que desde un principio reinaba acerca del punto de partida ó línea divisoria de una y otra nación (§ 560). Por fin, se resolvió la cuestión mediante un tratado (22 de Abril de 1529) por el cual Carlos cedió todos sus derechos en las Molucas á Portugal á cambio de una fuerte indemnización pecuniaria, y se fijó el límite occidental de las posesiones españolas en los 17 grados al E. de aquellas islas. Los portugueses quedaron así dueños del comercio de Asia; pero los españoles siguieron haciendo expediciones (desde Méjico) á las islas oceánicas, algunas de las cuales, propiamente, caían dentro de los dominios portugueses. En virtud de estas expediciones, se descubrieron muchas tierras, particularmente en la parte N., entre ellas la Nueva Guinea. Pretendieron los españoles establecerse en Filipinas; pero á ello se opusieron los portugueses, sin que, por de pronto, se decidiera nada definitivo.

Consecuencias también del viaje de Magallanes fueron las expediciones marítimas que se hicieron por la región Sur del Pacífico, descubriendo y estudiando las costas de Chile y otras. Ruy Díaz, Juan Fernández, Alonso Quintero y, sobre todo, Alonso Camarco (1539), fueron los héroes de estos descubrimientos geográficos.

627. La colonización de las regiones del Plata.—El viaje de Magallanes, además de llamar la atención hacia el camino del O. y el mundo oceánico, provocó nuevas expediciones á la América del Sur. Ya la de Gabotto había explorado el río Uruguay, el Paraná y el Paraguay. En la confluencia del primero con el de San Salvador, se construyó un fuerte, y otro llamado *Sancti Spiritu* en la embocadura del Carcaraña, afluente del Paraná. En Sancti Spiritu quedó una guarnición de 170 hombres, mandados por Nuño de Lara. Sorprendidos por los indígenas timbús, que atacaron al fuerte, muchos de ellos fueron muertos. El resto abandonó el sitio, y en 1523 estaba de regreso en España.

Este desgraciado fin de la primera colonia, no impidió que se hicieran nuevas expediciones. Gabotto había ponderado mucho en España las riquezas de aquel país, sobre la base de haber

cambiado con los indígenas abalorios por objetos de plata, de donde el río que baña Montevideo tomó el nombre que aun hoy lleva. En 1534 salió de Sanlúcar, con 14 buques, el caballero Don Pedro de Mendoza, quien, después de tocar en Río Janeiro (donde Vespuccio había fundado un fuerte: § 560), entró en la bahía del Plata y fundó la ciudad de Santa María del Buen Aire ó de Buenos Aires, nombre que se tomó del de la Virgen patrona del gremio de mareantes de Sevilla. Pronto tuvieron

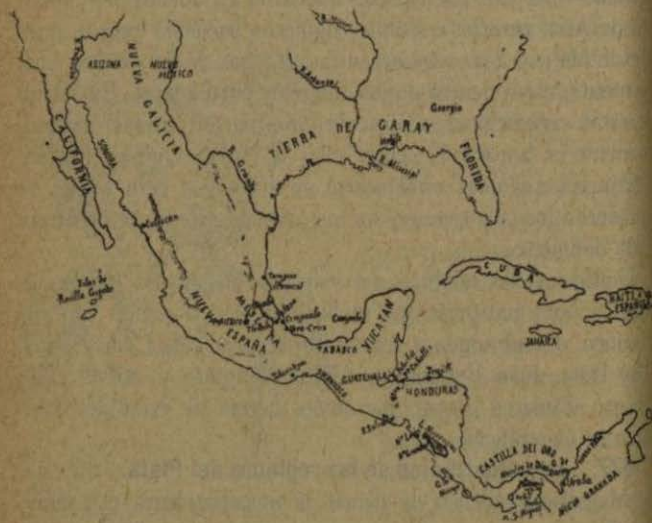


Fig. 7.—Mapa de la América del Norte y Central en 1525

choques los expedicionarios con los indios querandíes, sufriendo en ellos tanto, que decidieron (sin abandonar la posición, en que quedaron 400 hombres y cuatro buques) seguir río arriba. Llegaron así á Sancti Spíritu, que reedificaron, quedando como jefe de la colonia Juan de Ayolas, pues Mendoza regresó á España en 1536. Ayolas, remontando el Paraguay, echó los cimientos de la ciudad de Asunción, la cual prosperó rápidamente por la buena política de Ayolas con los indios. También fundó otro centro en la Candelaria, cuyo mando dió á Martínez Irala; pero éste no pudo sostenerse mucho tiempo y volvió á Asunción.

Ayolas fué muerto por los indios en una exploración al Gran Chaco. En 1538 se concentraron en aquella ciudad las guarniciones de Sancti Spíritu y Buenos Aires, y merced al genio organizador de Irala, siguió prosperando grandemente la flamante colonia.

En 1541 llegó á las costas del Brasil una nueva expedición, al mando de Núñez Cabeza de Vaca. Parte de ella remontó en



Figura 8.—Mapa de la América del Sur en 1548

buques el Plata, y los demás atravesaron el centro del Brasil y llegaron á la Asunción. El plan de Núñez, como el de Ayolas antes, era pasar al Perú por tierra; é intentó varias expediciones al efecto, sin éxito. Una sublevación de parte de los colonos, arrebató el mando á Núñez, y le hizo regresar, preso, á España. Irala, persistiendo en el plan mencionado, logró en una nueva expedición llegar al Perú, pero regresó sin haber podido verse con La Gasca; no obstante lo cual, éste, enterado de lo hecho por Irala, le hizo enviar en 1555 nuevos refuerzos

desde España y la confirmación del cargo de adelantado de Plata. Al morir Irala, en 1557, quedaba asentada la dominación española en aquellos países.

628. La cuestión religiosa en Alemania.—Ya hemos visto (§ 617) la complejidad que para el Emperador ofrecía el gobierno de Alemania, y en diferentes ocasiones de su lucha con el morisca francés y con el Papa, hemos hecho constar cómo tuvo Carlos, no obstante su propósito de oponerse á la herejía luterana, que contemporizar con los príncipes que la profesaban y protegían y que apoyarse en ellos militarmente.

Después de su coronación, que siguió al triunfo de 1529 y á la paz de las Damas (§ 619), Carlos pensó en volver á Alemania para dar solución definitiva á la cuestión religiosa. Pero desde 1522, las cosas habían cambiado bastante en los países del imperio. La propaganda reformista, cada vez mayor y más radical ganaba rápidamente terreno y se iba complicando con los intereses políticos de los príncipes frente al emperador, y de unos contra otros. Ya en 1525 se veía con toda claridad que se aprestaban á la lucha, concentrándose en grupos, los príncipes católicos, por un lado, y los protestantes por otro. El duque de Brunswick, Enrique, hizo un viaje ex profeso á España para pedir á Carlos una decisión enérgica, y lo mismo hicieron los obispos sufragáneos de Maguncia. En el ánimo de los príncipes protestantes influía, tanto como la cuestión de la libertad religiosa, la creencia de que los Habsburgos trataban de hacer hereditaria en su familia la corona imperial. Un parlamento reunido en Spira (1526) por el archiduque Fernando, decidió no obstante órdenes del Emperador, que cada príncipe «procediera en materia de religión como pudiese responder ante Dios, ante el Emperador y ante el imperio». En aquella ocasión, el arzobispo de Tréveris sostuvo la tesis de que cada cual era perfectamente libre de obedecer ó no al emperador. Éste convocó, también en Spira y en 1529, un nuevo parlamento, en el que revocó el acuerdo anteriormente citado y quiso imponer su voluntad á los príncipes. La mayoría se mostró favorable á esta política, pero los príncipes reformistas y muchas ciudades imperiales protestaron de este cambio.

Aunque el emperador venía resuelto á romper con los refor-

mistas si era preciso, y los consejos del legado papal Campeggi y del confesor de Carlos, García de Loaysa, eran favorables á temperamentos de fuerza, intentó otra vez una conciliación; pero como, á la vez, quiso imponer á los príncipes reformistas la asistencia á ceremonias católicas, la conciliación se hacía cada vez menos posible. Convocado en Augsburgo un nuevo parlamento (1530), en el que los reformistas leyeron y presentaron al emperador su confesión de fe, llamada desde entonces «Confesión de Augsburgo», sobre la base de ella se intentaron sin éxito diversos caminos de concordia. Los teólogos católicos redactaron una refutación de aquel documento, y el emperador la aceptó, ordenando á los reformistas que se sometiesen, so pena de acudir á la fuerza; pero no acudió á ella, por lo pronto, porque el peligro turco le hacía necesario el apoyo de todas las fuerzas del imperio, y porque no podía contar seguramente, en caso de guerra civil, con todos los príncipes católicos. No obstante, cerró el parlamento con un acta en que concedía á los reformistas un plazo de siete meses para someterse á la Iglesia romana. Protestaron de esto los reformistas, y poco después concertaban en Smalcalda una liga contra el emperador. Las cosas continuaron con alternativas de conciliaciones y rupturas, reunión de nuevos parlamentos y órdenes imperiales, hasta 1545, en que el emperador se decidió á declarar la guerra, aunque pretextando un motivo puramente político (desobediencia del landgrave de Hesse á una orden imperial). Parece que lo que principalmente le movió á esto fué el temor de que la reforma se extendiese á los Países Bajos.

Para hacer la guerra, introdujo el Emperador en Alemania tropas italianas y españolas: lo cual causó tan mal efecto allí como en España, tiempo antes, la entrada de extranjeros. La guerra duró poco y terminó con la victoria de Carlos (favorecida por la indecisión y los errores militares de los de la Liga) en la batalla de Mülberg, en que las tropas reformistas apenas pelearon (1547). Como general del emperador, iba en aquella ocasión el duque de Alba, que pronto había de significarse como gobernador de los Países Bajos (§ 636).

Sometidos los príncipes alemanes, Carlos realizó algunas re-

formas políticas en la organización del imperio (de las cuales no tenemos por qué ocuparnos aquí), y para el arreglo de la cuestión religiosa presentó (1548) un documento llamado *Interim*, en que se hacían algunas concesiones á los reformistas, pero sujetándolos en lo principal á la Iglesia romana. Protestaron ellos, resistiéndose á admitir este arreglo; y la cuestión religiosa, tras nuevas vicisitudes y nueva guerra (en que el Emperador, atacado por el príncipe Mauricio de Sajonia, antes fiel aliado suyo y ahora protector de los reformistas en unión del rey de Francia, estuvo á pique de caer prisionero en Innsbruck), terminó con una paz (de Passau), ratificada en el parlamento ó Dieta de Augsburgo (25 de Septiembre de 1555) y por la que los protestantes obtuvieron la igualdad de derechos en punto á libertad religiosa, con los católicos.

629. La sucesión á la corona imperial.—Abdicaciones de Carlos.—No sólo había sido derrotada la política de Carlos en la cuestión religiosa, sino también en otras cuestiones que le interesaban mucho personalmente.

En 1531 había hecho elegir rey de romanos á su hermano Fernando, concediéndole, además, la investidura feudal de los territorios austriacos. Esto parecía preparar la sucesión de aquél al imperio; pero Carlos prefirió la persona de su propio hijo, el príncipe Felipe, no obstante tener Fernando un hijo de la misma edad que aquél, llamado Maximiliano. A éste le envió Carlos á España en concepto de virrey ó gobernador interino, creyendo, al alejarlo así de Alemania, que facilitaría sus planes. Felipe pasó á los territorios alemanes (1550), donde hizo lo posible con su conducta, para atraerse las simpatías de los príncipes. Pero Fernando se opuso desde luego al pensamiento de su hermano, y así se lo significó, en términos enérgicos, hallándose con él en Augsburgo. Consiguió, por lo pronto, que Maximiliano regresase de España. En 1551 pareció que se llegaba á un acuerdo, conforme al cual, pasaría á Fernando la corona y á Felipe la dignidad de Rey de romanos, y á la muerte de aquél, Felipe sería emperador y su primo Maximiliano heredaría el título de Felipe. Pero este acuerdo se estrelló contra la actitud de los príncipes, resueltamente contraria al hijo de Carlos, juzgando que éste quería imponer una política absoluta

y patrimonial. La renovación de la guerra con los príncipes reformistas y el mal giro de ésta (§ 628), decidieron á Carlos, en 1554, á renunciar á sus proyectos respecto de la sucesión imperial. Todavía, sin embargo, cedió á Felipe en 1556 el vicariado del Imperio en Italia, cosa que siempre se negó á ratificar Fernando. Respecto de los otros Estados, había tenido Carlos varios proyectos. El más antiguo fué el de crear un reino independiente con las posesiones de la casa de Borgoña, más el principado de Lieja, para contrarrestar por el N. el empuje de Francia. En esta idea insistió varias veces: en 1535, 1539 y 1544; la segunda, destinando el nuevo reino al duque de Orleans, que se casaría con una hija del Rey de romanos, á condición de que Francisco I ratificase los tratados de Madrid y Cambray. En 1553 pensó en otro arreglo, en relación con los Estados de Inglaterra, cuyo trono ocupaba la reina María Tudor, ya entrada en años, con quien se casó Felipe, inaugurándose con esto un período de política religiosa antiprotestante en aquel reino; cosa que venía, en parte, á compensar el fracaso de Alemania. El arreglo consistía en unir á Inglaterra los Países Bajos, para los hijos de Felipe y María, y dejar España y lo demás al príncipe Carlos, primogénito del anterior matrimonio de Felipe; pero tampoco se realizó este proyecto, y bien pronto comenzó el emperador á concentrar sus Estados, mediante cesiones sucesivas, en manos de Felipe.

Treinta y siete años de batallar continuo y el fracaso de muchas de sus más caras ilusiones habían quebrantado el espíritu de Carlos I, á la vez que su salud, jamás completa ni segura, se veía seriamente minada por varios achaques. En 1555, un nuevo golpe vino á unirse á los ya recibidos. Su tía María, gobernadora de los Países Bajos, declaró su inquebrantable decisión de renunciar el cargo. Carlos lo transmitió al punto (junto con la soberanía de la Orden del Toisón) á su hijo Felipe. La ceremonia se celebró en Bruselas (mes de Octubre) y, según refieren los contemporáneos, fué conmovedora. Carlos pronunció un discurso en que, después de relatar los hechos culminantes de su reinado, se confesó incapaz de seguir gobernando, pidió perdón por las injusticias que quizá cometiera, recomendó á su hijo que mirase por el bien de los países que iba á regir

en adelante y encareció mucho la persecución de las herejías.
Pocos meses después (Enero de 1556) abdicó también la corona de España (que en rigor sólo tuvo, como rey propietario, unos nueve meses, pues su madre Doña Juana no murió hasta el 12 de Abril de 1555) y se retiró al monasterio de Yuste (Cáceres), desde donde todavía intervino en cuestiones políticas españolas. En el mismo año acabó de ceder á Felipe el resto de los Estados de Borgoña; pero hasta 24 de Febrero de 1558 re-

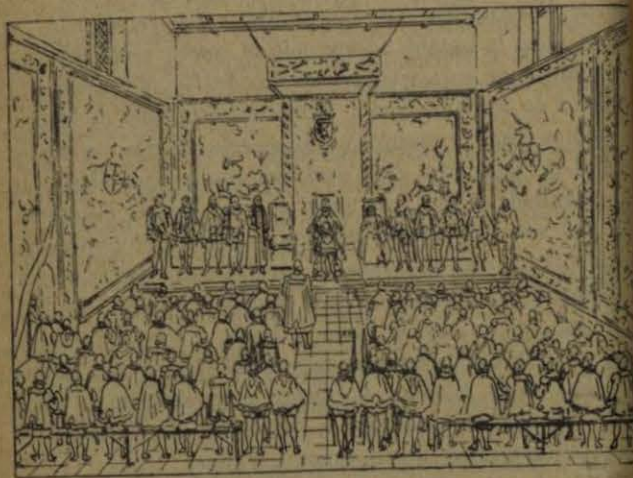


Fig. 9.—Abdicación de Carlos I. (Según un grabado de la época)

tuvo la dignidad imperial; la abdicó entonces en su hermano Fernando, que fué elegido el 12 de Marzo. Así se realizó la concentración de los Estados españoles y borgoñones en Felipe II, á la vez que quedó rota la solidaridad del reino de España con los asuntos de Alemania, que tantos trastornos había producido; pero aunque las dos ramas de la familia heredera de los Habsburgos y de los Reyes Católicos no volvieron á unir los destinos de sus monarquías en la forma en que lo estuvieron bajo el Rey y Emperador Carlos, el casamiento de Doña Juana la Loca con Felipe el Hermoso siguió produciendo consecuencias trascendentales para España durante siglo y medio.

630. Felipe II.—Su preparación para el gobierno de España.—Cuando recibió la corona de España, Felipe II era un joven de 29 años. Tuvo por primer preceptor político á su mismo padre (§ 680), quien bien pronto pensó en unir á su educación



Fig. 10.—Mapa de las posesiones españolas en Europa

teórica en forma de consejos, la experiencia de una efectiva intervención en los asuntos públicos. En una carta dirigida al cardenal Tavera (1.º de Mayo de 1543), regente de España, le decía Carlos que consultase con Felipe los asuntos de la Inquisición «como acostumbraba á hacerlo con él mismo». En efecto, Felipe ejerció la regencia mientras su padre estuvo ausente en Alemania, aunque en unión del citado Tavera, el

secretario Francisco de los Cobos y el obispo Don Fernando Valdés, á la sazón presidente del Consejo real. Hallándose todavía en Alemania, Carlos creyó conveniente, para sus planes respecto del imperio, según ya vimos (§ 629), y para ampliar la experiencia política referida, que su hijo visitase los países en que había de ejercer más adelante el mando; y Felipe visitó la Italia (1548), Flandes (1549) y Alemania (1550). Fracasado el plan de Carlos respecto de la sucesión imperial, Felipe volvió á España (1551), encargándose nuevamente de la regencia.

En 1543, Felipe había contraído matrimonio con la princesa portuguesa María, prima suya; pero este matrimonio duró poco. Al dar á luz al príncipe D. Carlos (§ 645), murió María. La viudez de Felipe hizo posible la combinación que años más tarde llevó á cabo el emperador, casando nuevamente á su hijo con la reina de Inglaterra, María, hija de Enrique VIII y de la infanta española Catalina (§ 562). La opinión general del pueblo inglés no era favorable á una alianza con España, y, además, el fuerte partido protestante que allí se había creado, necesariamente tenía que ser hostil al cambio de política que aque matrimonio suponía, aunque la reina fuese ya de suyo ardiente católica y tan dispuesta á rectificar lo hecho por su padre, que había acudido á los medios violentos para reducir á los protestantes. Felipe vivió algún tiempo en Inglaterra y se esforzó en hacerse agradable al pueblo, conquistando, efectivamente, algunas simpatías entre los nobles. El parlamento inglés aprobó (Octubre de 1554) la sumisión al Papa, y la nobleza prestó juramento, de rodillas, ante los reyes.

Pero el matrimonio de Felipe y María no fué fecundo ni muy feliz, aunque la reina parece haberse plegado bien á la voluntad de su marido. Llamado por su padre, Felipe salió de Inglaterra el 29 de Agosto de 1555 y no volvió á ver á su esposa hasta Marzo de 1557, veinte meses antes de que muriese María. En el intervalo de 1555 á 1557, como sabemos, Felipe fué investido de la soberanía de los Países Bajos, la del condado de Borgoña (Junio de 1556) y de la corona de España. Cuando comenzó á reinar, sus hombres de confianza eran el duque de Alba, á la sazón virrey de Nápoles, y Ruy Gómez de Silva. Por iniciativa de éste, se rodeó Felipe de un cuerpo de consejeros

en que figuraban el entonces obispo Granvela (luego cardenal), Don Bernardino de Mendoza, el diplomático Manrique de Lara y otros hombres eminentes.

La historia política de Felipe II durante los 42 años de su reinado, está tan llena de hechos importantes y tan mezclada á la historia general de Europa, que se hace difícil reducir el cuadro de ella á proporciones convenientes. Al propio tiempo, las pasiones políticas y religiosas han embrollado de tal modo casi todos los actos de la vida de Felipe, que, no sólo, como dice un autor, «es difícil hallar un rey que haya sido más diversamente juzgado que Felipe», sino que el historiador debe caminar con gran cautela en la aceptación de los testimonios y la afirmación de los hechos para dar la expresión exacta de lo pasado.



Fig. 11.—Felipe II
(De un cuadro de Antonio Moro)

631. La guerra contra el Papa.—Por todo lo que antecede, se comprende bien que la herencia política recibida por Felipe II estaba henchida de problemas graves y peligros de todo género. La enemistad de Francia; la sublevación latente de Italia, agravada desde que en 23 de Mayo de 1555 fué elegido Papa el cardenal Caraffa (Paulo IV), enemigo decidido de España; los agravios y recelos de los protestantes de los Países

Bajos y de Inglaterra, se unían para hacer sumamente difícil la acción del nuevo rey.

El principal interés de éste parece haber sido, en todas ocasiones, el triunfo del catolicismo, fin al que subordinó su política interior y exterior. Pero, como su padre y sus antepasados los Reyes Católicos, esto no le impedía distinguir perfectamente entre los intereses de la Iglesia y los puramente políticos del Papa, quien, como soberano temporal en Italia, forzosamente había de chocar más de una vez con los intereses españoles y los planes de engrandecimiento territorial de Felipe II, como había chocado en tiempo de Carlos I, aparte las cuestiones que en punto á la dirección de los asuntos eclesiásticos en España surgían á cada paso (§ 715). Esto explica en gran parte la conducta de Felipe con el nuevo Papa (quien desde luego buscó el apoyo del monarca francés para oponerse al español), y que el reinado del hijo de Carlos se abra, militarmente, con una guerra contra Paulo IV. La responsabilidad de esta lucha corresponde casi por igual á ambos contendientes. El Papa y su sobrino y ministro, cardenal Caraffa, eran violentos de carácter y fáciles á los odios políticos más mezquinos. Por su parte, Felipe II, celoso de su poderío en España e Italia y del origen divino de su cargo, nada hizo para evitar la colisión y no supo evitar al Papa ninguna de las humillaciones que la guerra trajo consigo.

Paulo IV comenzó por excomulgar á Carlos y á Felipe, privando á éste del reino de Nápoles y diciendo de él: «engendro de iniquidad, Felipe de Austria, hijo del llamado emperador Carlos; el cual, haciéndose pasar por rey de España, sigue las huellas de su padre, compite con él en infamia y aun procura aventajarle», y calificándolo también de perjuro, rebelde y cismático. Felipe se hallaba entonces en Flandes, y ordenó inmediatamente, sin amilanarse por la excomuni6n, que no se permitiese la entrada en España de bulas pontificias y que se castigase á los que las trajerán. Carlos ayudó á estas medidas desde su retiro de Yuste.

El Papa había buscado la alianza del monarca francés (Enrique II) y del sultán de Turquía. Al primero había conseguido el Emperador apartarlo de la alianza en Febrero de 1556, ha-

ciéndole firmar la tregua de Vaucelles; pero la rompió pocos meses después, solicitado nuevamente por el Papa. La guerra estalló y fué breve.

El duque de Alba, con su aliado Marco Antonio Colonna, invadió los Estados papales y amenazó con asaltar la ciudad de Roma. El ejército francés, al mando del duque de Guisa, entró en Italia y tuvo varios encuentros con los españoles; pero bien pronto abandonó el campo, llamado por su rey, á quien contingencias de la campaña en el N. de Francia le hacían necesario todo socorro. Aislado el Papa, cedió á las solicitudes de Venecia, que hizo de mediadora, y firmó una paz (Cavi, Septiembre de 1557), mucho más ventajosa de lo que hubiera podido esperarse.

La lucha entre Paulo IV y el Rey de España continuó no obstante en otro terreno, particularmente en lo relativo á la influencia de la Santa Sede en los asuntos interiores del clero español, el cual, más regalista que papista, ayudó á Felipe en la guerra con donativos y prestaciones espontáneos (§ 719). Hasta 1559 en que á Paulo sustituyó Pío IV, partidario de España, no se levantó la excomuni6n que aquél había lanzado sobre Carlos y su hijo.

632. La guerra con Enrique II de Francia.—El rompimiento de la tregua de Vaucelles por Enrique II, tenía forzosamente que producir la guerra, no limitada á Italia. Mientras en esta península el duque de Guisa combatía con el duque de Alba, un ejército mixto, español-inglés, de 50,000 hombres (Felipe logró que la reina María le enviase 8,000 soldados), invadía el N. de Francia (Julio de 1557), al mando del duque de Saboya, Manuel Filiberto, que ya había peleado á las órdenes de Carlos I contra Francisco I. El objetivo del duque fué desde luego apoderarse de la ciudad de San Quintín, y lo logró, no obstante la oposici6n de los generales franceses Montmorency y Coligny. El primero fué derrotado completamente junto á los muros de la ciudad el 10 de Agosto y cayó prisionero, y Coligny, tras una resistencia heroica, perdió la plaza (27 de Agosto), que fué horriblemente saqueada, en especial por los soldados mercenarios alemanes. Con esta victoria quedaba abierto el camino de París. El viejo emperador, al saber en

Yuste la noticia, creyó que no tardaría en recibir la de haber sido tomada la capital francesa. El duque de Saboya era partidario de hacerlo así y le instó en este sentido á Felipe, quien desde Cambrai, donde se hallaba el día 10, se trasladó á San Quintín. Pero Felipe vaciló. Tenía conciencia de la cohesión del pueblo francés, que tan duramente había probado Carlos (§ 618); recelaba de la continuidad del auxilio inglés, y temía por fin, no contar con recursos pecuniarios bastantes para seguir la campaña. Los ingleses, en efecto, se retiraron, y Felipe no sacó de su victoria todo el provecho que se creyó seguro en los primeros momentos.

Enrique II llamó entonces al duque de Guisa, quien vino al punto con su ejército y atacó las ciudades que los ingleses poseían en el N. de Francia: Calais y Guisnes. Previendo este ataque, Felipe había pedido nuevos refuerzos á Inglaterra; pero no le fueron enviados, y Calais y Guisnes cayeron en poder de Guisa. Penetrando luego en Flandes, amenazó á Bruselas y hubiera sin duda puesto en grave aprieto al ejército español, á no ser derrotado su general Termes en Gravelinas (13 de Julio de 1558), por el duque de Saboya, auxiliado por una flota inglesa de 11 buques. A pesar de esta victoria y de que Guisa tuvo que mantenerse á la defensiva, Felipe se inclinó á terminar la guerra por un tratado. La falta de dinero que constantemente puso dificultades á las empresas militares españolas, y los ataques que los turcos realizaban á la sazón contra las Baleares, le movían fuertemente en este sentido. Las primeras conferencias entre los comisionados españoles y franceses, se celebraron en Octubre. Un mes más tarde, la muerte de la reina de Inglaterra (17 de Noviembre), á quien sucedió su hermana Isabel protestante, decidió por completo á Felipe. También deseaba la paz Enrique II, aunque Guisa se oponía á ello; y por fin se firmó en Cateau Cambresis, el 2 de Abril de 1559, en condiciones desastrosas y humillantes para Francia.

Consecuencias de esta paz fueron el matrimonio del rey Felipe con la hija de Enrique II, Isabel de Valois, y la de la tía de ésta, Margarita, con el duque de Saboya, quien recobró sus Estados, en poder de Francia desde Francisco I. Esta paz había de traer como consecuencia, también, según al plan de ambos

monarcas, una acción combinada contra los protestantes de Francia y de los Países Bajos.

633. La guerra contra los turcos y africanos.—Las expediciones de Carlos I al África no habían conseguido acabar con el peligro pirata, mucho menos después del fracaso, de la última (§ 621). A cada momento las costas andaluzas y valencianas, y las islas Baleares, eran víctimas de la audacia de los corsarios tunecinos, argelinos y turcos. La política de Francia y del mismo Papa no era, por otra parte, la más propicia á que cesasen las correrías de los turcos, ni la protección de éstos á los reyezuelos africanos, puesto que, en vez de combatirles sin tregua, solicitaban á menudo su alianza.

La toma de la isla de los Gelves y de los territorios de Trípoli que pertenecían á la orden de San Juan, por Dragut, sucesor de Barbarroja, decidió á Felipe á emprender una vigorosa campaña. Reunida una flota de galeras, en su mayoría venecianas, con tropas de desembarco españolas, italianas y alemanas, defectos de organización, complicados con las dilaciones á que obligaba siempre la necesidad de consultar todos los movimientos con el rey, hicieron que tardase mucho tiempo en hacerse á la vela, y que, llegado el caso, lo verificase ya en malas condiciones. Mandaba la expedición el duque de Medinaceli, y las galeras el general Juan Andrés Doria. Recobraron fácilmente los expedicionarios la isla de los Gelves (Djerba ó Zerbi, frente á la costa tunecina); pero poco después, la escuadra turca cayó por sorpresa sobre la española en la citada isla, derrotándola completamente merced á la cobardía y la falta de condiciones militares de Doria (Marzo de 1560), quien huyó con su galera, lo mismo que Medinaceli. Los soldados españoles que habían desembarcado, se defendieron con extraordinario heroísmo, al mando de Álvaro de Sande, durante unos meses, no obstante hallarse faltos de todo género de recursos, incluso comida y agua, hasta que todos ellos quedaron fuera de combate. Al año siguiente (1561), una segunda escuadra española fué deshecha por los temporales. En 1564, el Rey de Argel puso sitio á Mazalquivir, y para defender esta plaza se organizó una nueva expedición, mandada por Don Álvaro de Bazán, quien, no sólo hizo levantar el sitio, sino que reconquistó el

Peñón de la Gomera, y, para imposibilitar la piratería marroquí, inutilizó la entrada del río Martín (Tetuán), sumergiendo en ella dos bergantines cargados de piedra. En 1565, los caballeros de Malta, cuya isla tenían cercada los turcos, pidieron auxilio á los reyes cristianos. Felipe deseaba dárselo, pero chocaba con la falta de dinero y de hombres, comprometidos en otras empresas. Por fortuna el virrey de Nápoles, García de Toledo, era hombre de grandes energías y de ánimo decidido. Ya en 1564 se había apoderado de Vélez de la Gomera; y aun que luchaba ahora con grandes dificultades, logró organizar y enviar á Malta dos expediciones, y obligó á los turcos á levantar el sitio.

Esta victoria libró, indudablemente, al Mediterráneo occidental, de convertirse en un mar turco; pero no quebrantó por completo el poderío del imperio de Constantinopla, el cual siguió extendiendo sus conquistas y desembarcos por el archipiélago griego y el Adriático, atacando principalmente las posesiones venecianas. Al amenazar seriamente la isla de Chipre (1569), que pertenecía á Venecia, esta república pidió auxilio al Papa (Pío V), quien á su vez excitó el celo del rey español para que apoyara una acción decisiva contra los turcos. Felipe contestó afirmativamente, viendo en esto una ocasión de aniquilar el poder turco. Se concertó una liga entre el Papa, España y Venecia, y, predicada la cruzada contra los turcos, formóse una escuadra poderosa, de 264 naves mayores y menores con 79,000 marineros y combatientes, cuyo mando tomó un hijo bastardo de Carlos I, Don Juan de Austria, de quien volveremos á hablar más adelante. La escuadra zarpó de Mesina y se dirigió hacia Grecia, encontrando á la turca en el golfo de Lepanto, donde se dió una terrible batalla (7 de Octubre de 1571) completamente favorable á los cristianos, merced al ardimiento que á sus tropas comunicó Don Juan, y á la serenidad y táctica de Don Álvaro de Bazán. En esta batalla lechó y quedó manco á consecuencia de una herida, Miguel de Cervantes (§ 762).

Por segunda vez, España libraba del peligro turco á Europa, pero, como á menudo ocurre en casos semejantes, de la victoria de Lepanto no se sacaron todas las consecuencias polít-

cas que naturalmente pudo producir. En vez de proseguir la campaña, el Rey dió orden á Don Juan para que se retirase hacia Túnez. Contribuyeron á esta decisión varias causas: la muerte de Pío V, que quebrantó la liga; el acomodamiento buscado por Venecia con el Sultán turco; los graves sucesos de Holanda, que preocupaban mucho á Felipe y distraían las fuer-



Fig. 12.—Medalla conmemorativa de Lepanto

zas, y el recelo que el monarca tenía por los planes ambiciosos de su hermano. Don Juan, en efecto, soñaba con reconquistar á Constantinopla, restaurando el antiguo imperio bizantino, y para esto hallaba apoyo entre los personajes de la curia romana, y el clero en general. Pero Felipe no envió los socorros pedidos, y Don Juan tuvo que desistir, dirigiéndose á Túnez (Octubre de 1573), cuya capital tomó, trocando su primer sueño por el de un imperio en el N. de África. Tampoco le alentó en esto su hermano. Le ordenó que arrasase las fortificaciones de Túnez, y Don Juan desobedeció la orden, dejando en la plaza una guarnición de 8,000 españoles. El monarca suprimió de raíz todo auxilio, y Don Juan tuvo que renunciar al desarrollo de sus planes. Un año después, Túnez y la Goleta caían nuevamente en poder de los turcos.

634. Sublevación de los moriscos andaluces. — La unidad del asunto nos ha llevado á no interrumpir la relación de las tres campañas contra africanos y turcos, que ocuparon las armas españolas desde 1560 á 1574. Pero entre la segunda y la tercera, es decir, entre la liberación de Malta y la liga

de 1570, ocurrieron en España sucesos de gravedad, relacionados, en parte, con los que acabamos de referir. Esos sucesos fueron los motivados por el descontento y la sublevación de los moriscos de Andalucía.

El sentido restrictivo de la legislación á ellos referida cuyo origen ya vimos en la época de los Reyes Católicos (§ 558), siguió acentuándose merced á varias órdenes nuevas de los reyes y el acrecentamiento del rigor inquisitorial, que estudiaremos en lugar oportuno (§ 673). Los moriscos del reino de Granada eran gente trabajadora, honrada y leal. En el conflicto de las Comunidades, estuvieron al lado del marqués de Peñafiel, con grandes pruebas de lealtad, y un canónigo granadino, Pedraza, escribía por aquel tiempo acerca de ellos lo siguiente: «Tenían buenas obras morales, mucha verdad en sus actos y contratos, gran caridad con sus pobres; pocos ociosos y todos trabajadores». Esto no obstante, eran mal mirados por el vulgo; se recelaba de la pureza de su fe, con motivo, pues el mismo Pedraza añade que «eran cristianos aparentes y moriscos verdaderos»; tenían «poca devoción con los domingos y fiestas de la Iglesia, y menos con los sacramentos de ella». Por esta razón, existía en el clero una fuerte corriente favorable á una política de rigor contra ellos. En 7 de Diciembre de 1523 se publicó un edicto, en virtud del cual se prohibía á los moriscos el uso del árabe, de sus especiales vestimentas, los baños, el llevar armas, el empleo de nombres que no fueran cristianos y el cobijar en su casa musulmanes no convertidos. Si fuesen esclavos ó libres. Se les sujetaba, además, á una inspección severa para que no celebrasen ceremonias religiosas mahometanas, se establecieron escuelas cristianas para los niños en varias poblaciones, y se trasladó á Granada el tribunal de la Inquisición que existía en Jaén, con propósito de que pasado cierto plazo, se aplicasen con todo rigor los procedimientos contra la apostasía.

Los moriscos lograron suspender la ejecución de este edicto mediante un donativo en dinero al rey; pero no impidieron que la Inquisición se dirigiese contra ellos, aumentando de día en día sus procesos y confiscaciones. Contra esto reclamaron varias veces durante el reinado de Carlos I, y repitieron la re-

clamación al subir al trono Felipe II, ofreciendo un subsidio de 100,000 ducados, y un tributo anual, para el sostenimiento de la Inquisición, de 3,000. Nada debieron lograr de lo pedido, pues las reclamaciones se reprodujeron varias veces en años sucesivos (§ 673). Al mismo tiempo, los abusos cometidos en las confiscaciones, aumentaban el natural descontento de los moriscos.

En 1565 se renovó una orden de 1526, relativa al derecho de asilo en territorios señoriales, que iba derechamente contra los muchos moriscos en ellos refugiados. Las persecuciones que de aquí se siguiéron, unidas á las arbitrariedades de la curia, obligaron á muchos á huir al África ó refugiarse en la parte montuosa de la región. Años después se renovó también, pero acentuando su dureza, el edicto de 7 de Diciembre de 1526, ampliando las prohibiciones. Nombrado presidente de la chancillería de Granada Pedro de Deza, miembro del Consejo supremo de la Inquisición, los moriscos supieron á qué atenerse en punto al rigor con que serían tratados. El capitán general, Marqués de Mondéjar, hombre prudente y conocedor de los moriscos, reprobó la adopción de estas medidas, pero no fué escuchado. En 1.º de Enero de 1567, y después de haber intentado lograr el apoyo de los principales personajes moriscos para que recomendasen la obediencia al pueblo, se publicó el edicto. La agitación que esto produjo fué tal, que el propio Deza recomendó que se tomaran precauciones, y dulcificó los términos de aplicación de la nueva ley. Varios señores cristianos, entre ellos el duque de Alba y el comendador de Alcántara, Don Luis de Ávila, se mostraron favorables á suspender la aplicación del edicto; pero pudo más la influencia contraria del secretario del rey, Diego de Espinosa, de Deza y del arzobispo Guerrero. Se reprodujo el apoderamiento de los niños moriscos (que en tiempo de Cisneros había ya promovido graves disturbios: § 558) para llevarlos por fuerza á las escuelas; y aunque Deza aseguró á los padres que no se trataba de arrebatarse á los hijos sino de salvar sus almas solamente, esta medida llevó la agitación á su grado álgido, y la sublevación no se hizo esperar.

Tal hecho tenía por entonces una gravedad suma; de un

lado, por la falta de armamentos y de tropas en que se hallaba la región, y, en general, toda la Península; de otro, por el seguro apoyo que á los moriscos prestarían los berberiscos y argelinos y aun los turcos. Así lo esperaban los moriscos, y fiados en ello se decidieron á que estallase la sublevación, aunque, parecer, sin otro ánimo, por de pronto, que lograr por el momento que se derogase el edicto. En Abril de 1568 se produjeron los primeros chispazos, y los moriscos escribieron al Rey de Fez, pidiéndole auxilio. Mondéjar insistió en su opinión de suspender el edicto para prevenir mayores males; pero tampoco fué atendido. En Diciembre del citado año estalló formalmente la sublevación, que nombró rey de los moriscos á un descendiente de los Omeyas, Don Hernando de Córdoba y de Valera, el cual tomó el nombre árabe de Aben Humeya. La oposición que éste hizo á que sus parciales extremaran sus venganzas contra los cristianos, le trajo la muerte, siendo sustituido por un nuevo rey, Adalá Abenabó. Los sublevados, fuertes en la serranía de Granada, eran muchos en número y contaban ya en sus filas con auxiliares turcos y argelinos.

El capitán general Mondéjar reunió con gran trabajo algunas tropas, y en una brevisima campaña, en que se combinaron varios éxitos militares con una política de atracción y de promesas de templanza, logró someter casi por completo á los sublevados. Pudo haber terminado con esto la sublevación. Pero de una parte, Deza (que había reclamado el auxilio del adelantado de Murcia, Marqués de los Vélez, el cual, sin derecho para ello, entró con fuerza armada en el territorio de la capitanía general de Granada) se opuso á la política de Mondéjar, y logró que en la corte prevaleciese su parecer; y de otra, los soldados cometieron muchos atropellos y abusos, aun contra los grupos de moriscos á quienes el capitán general había dado salvoconductos. La indignación y el deseo de venganza recomenzaron. Mondéjar fué relevado de su cargo, y se dió la jefatura de las tropas que habían de operar contra los moriscos á Don Juan de Austria (Marzo de 1569), quien reunió grandes elementos, haciendo venir tropas de Nápoles y buques con que bloquear la costa é impedir la entrada de auxilios africanos.

Recrudeciósese la rebelión (Abril del citado año), extendiéndose

desde la Alpujarra hasta las montañas de Almería por un lado, y las de Málaga por otro. Mondéjar se sometió á las órdenes del rey y formó parte del consejo de Don Juan, lo cual quitó toda esperanza á los moriscos. Los habitantes del Albaicín (3,500 hombres y muchas más mujeres) fueron deportados. La campaña contra los sublevados tardó, no obstante, en formalizarse, á pesar de la orden del rey de hacer la guerra «á fuego y á sangre», por causas iguales á las que habían paralizado la acción de los gobernadores en la época de las Comunidades. Diferentes cartas de Don Juan á su hermano y á varios personajes de la corte, fechadas en 1569 y 1570, repiten la eterna petición de dinero para las tropas. A mediados de Enero de 1570, Don Juan activó las operaciones, y, á pesar de los errores militares frecuentes de sus generales, obtuvo una serie de victorias que le aseguraron el triunfo final, no sin mucho derramamiento de sangre, que los excesos de la soldadesca hicieron mayor. Hasta Marzo de 1571, Abenabó se sostuvo en la serranía; pero, asesinado por un famoso bandido que se ofreció á ello, y que pactó con Deza la muerte del rey morisco á cambio de su indulto, esta muerte dió fin á la guerra.

Los moriscos sobrevivientes, y aun los que se habían mostrado pacíficos, fueron deportados en masa y distribuidos por diferentes regiones de Extremadura, León, Galicia, Castilla y la provincia de Sevilla.

635. La sublevación de los Países Bajos.—El mismo año en que, por la renovación del edicto de 1526, se preparaban los ánimos de los moriscos á la sublevación que acabamos de relatar, surgía otra guerra, en parte, también, religiosa, cuyo final no había de ser el mismo que el de la de Granada.

Desde hacía algún tiempo, existía, tanto en la parte del N. de los Países Bajos como en Flandes y demás provincias del S., gran descontento por el modo de gobernar Felipe II. Las causas de ese descontento eran varias, y algunas de ellas recordaban las que habían producido el levantamiento de las Comunidades en Castilla. Eran, en primer término, el nombramiento de un extranjero, el cardenal Granvela, para primer ministro de la princesa Regente, Margarita de Parma (hija bastarda de Carlos I), y la estancia prolongada en el país de un cuer-

po de tropas españolas. Una cosa y otra se consideraban atentatorias á los derechos y libertades del pueblo flamenco. Uníanse ellas la reforma de los obispados, que de cuatro elevó á catorce Felipe (1561), ya para tener más directamente en su mano el clero, y para disponer de varios miembros adictos en la Asamblea de Nobles, y que descontentó juntamente á éstos y al clero; la noticia del propósito pactado entre Felipe y Enrique de Francia en la paz de Cateau Cambresis; el temor de que se implantase la Inquisición á la manera española, para lo cual se creyó servía de preparación la reforma de los obispados, y aun sin esto, las persecuciones religiosas á que el rey instaba continuamente, pidiendo que se cumplieran los decretos de su padre, contra el parecer de la regente; y en fin, los intentos de centralización, de que ya había dado muestras el monarca durante su permanencia en Flandes y que, después de su partida, se tradujeron en el prescindimiento de las asambleas nacionales (Estados generales: § 689) y del consejo de Estado, que él mismo había instituido para asesorar á su hijo, de suyo importantes con la antipatía personal, recíproca, que desde el primer instante separó á Felipe y á los flamencos, á diferencia de lo que sabemos de su padre Carlos. Ideas, gustos, manera de concebir la vida, todo era opuesto entre Felipe y sus súbditos. La actitud independiente de algunos nobles (análoga á la del almirante de Castilla y otros con Carlos I) había herido vivamente al rey, que empezó á recelar de ellos y especialmente del príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, gobernador de los condados de Holanda, Zelanda y sus próximos, y del conde de Egmont, gobernador de Flandes y el Artois. La irritación de Felipe respecto del primero, llegó á traducirse en energía de reproche que le dirigió al marchar á España, haciéndole responsable de las dificultades que había hallado en los Estados generales. No le faltaron al rey consejeros, en Flandes y en España, Granvela y el duque de Alba, que le incitaron á tomar medidas enérgicas, sobre todo con los protestantes (calvinistas), que, envalentonados (sobre todo á partir de la retirada de las tropas españolas, á que tuvo que acceder Felipe), celebraban reuniones públicas entonando cánticos religiosos y escuchaban

los sermones de sus pastores; pero aunque Felipe dió á su mano orden de reprimir estos alardes, las autoridades flamencas se negaron á cumplirlas, y la misma regente creyó peligroso insistir.

Los nobles descontentos del gobierno de Granvela (contra quien aumentó el recelo al saber que había sido nombrado arzobispo de Malinas con el título de primado, es decir, jefe de la iglesia en aquellas regiones), enviaron á España un delegado, el barón de Montigny, para que expusiese sus quejas al rey; pero éste no le hizo caso. En señal de protesta, Orange y Egmont hicieron renuncia de sus cargos de consejeros (1563) y la alta nobleza volvió á quejarse en varias cartas dirigidas al rey, con la petición principal de que separase á Granvela. Responder al primer ministro (1564). Esta medida pareció traer un



Fig. 13.—El cardenal Granvela
(Copia de un cuadro de la época)

acordamiento; mas como los abusos y extralimitaciones de los personajes que formaban la antigua corte de Granvela continuaban, no obstante la oposición de la regente, pues el rey apoyaba en secreto, y el inquisidor Titelmans hacía tales extremos de rigor que hasta llegaba á condenar sin información de Felipe respecto del primero, llegó á traducirse en energía de proceso á gentes de reconocida fe católica, el descontento de todas las clases sociales fué aumentando, y el aspecto religioso de la lucha llegó á tomar caracteres agudos.

Los nobles, viendo que la destitución de Granvela no remediaba nada, volvieron á enviar un delegado, que fué, esta vez, el conde de Egmont (Enero de 1565). Prometió el rey corregir los efectos del gobierno y templar el rigor de sus órdenes; pero, en vez de hacerlo así, mandó á la regente que velase estrictamente por el cumplimiento de las leyes dadas y, en especial, de

las referentes á los protestantes (Octubre de 1565), contra cuales y en lo que tocaba á su excesivo rigor, había hecho manifestaciones al rey una comisión de obispos y teólogos flamencos. Pero la opinión del rey era en este punto decidida. Segun el tenor de una carta suya, dirigida á su hermana, estaba dispuesto á quemar 60 ó 70,000 hombres, si fuese necesario para extirpar de Flandes la herejía.

Comenzaron á emigrar á Inglaterra muchos de los perseguidos, mientras otros protestaron, ya en reuniones públicas, por medio de folletos, siendo una de las más serias protestas de las cuatro grandes ciudades de la región brabantina que, en unión del Tribunal Supremo de la misma, denunciaron como atentatorio á las libertades públicas el establecimiento de la Inquisición. La nobleza de segundo orden, en cuyas filas abundaban los calvinistas, se unió formando en Breda una liga ó compromiso (Noviembre de 1565) para oponerse á la acción inquisitorial, y lo mismo pedían muchos altos funcionarios públicos que aconsejaban al rey, la regente y Granvela, en carta desde Bruselas (Enero de 1566). Los coaligados presentaron á la princesa Margarita un memorial en que se pedía la dulcificación del edicto contra los herejes. La regente accedió, mandando suspender los procesos, y los coaligados, después de celebrar su triunfo con banquetes (en uno de los cuales tomaron el nombre de *mendigos*, con que se conoció de allí en adelante á todos los rebeldes), extremaron, á la sombra de aquella tolerancia, sus predicaciones y los alardes calvinistas, no obstante figurar en la liga muchos católicos.

La regente envió á España dos comisionados, el marqués de Bergen y el Barón de Montigny, para pedir al Rey, pintándole el estado de las cosas, que aprobase las medidas tomadas; pero como no diera respuesta categórica, los *mendigos* (con benedictos de Orange, que los alentaba secretamente) amenazaron con una sublevación (Julio de 1566). En esto llegó la noticia al rey, que accedía á suprimir la Inquisición, fiando la ejecución de herejes á los obispos; concedía una amnistía, excepto para los sentenciados por los tribunales y con la condición que la nobleza se sometiese por completo, y dejaba sin efecto la modificación del edicto contra los protestantes. La insu-

fidelidad de estas concesiones en relación con el estado del espíritu público, hizo que los *mendigos* se aprestasen á la lucha y que el populacho de Amberes, St. Omer, Malinas, Valenciennes y otras ciudades, se amotinase, entrando á saco en las iglesias católicas y cometiendo toda clase de excesos, no obstante la oposición á estas venganzas de los luteranos y de muchos jefes de los *mendigos*.

Estos hechos causaron una profunda división entre los coaligados y los nobles católicos que, como Egmont, Montigny, Horn, Arschot y otros muchos, no sólo se sintieron heridos en sus creencias religiosas, sino que temieron la preponderancia de los protestantes. De conformidad con esto, ayudaron á la regente con sus tropas para dominar los tumultos, cosa que consiguieron por la fuerza (1567).

Enterado el rey de todos estos hechos, demostró el propósito de personarse en Flandes con un fuerte ejército para restablecer la tranquilidad, pero sobre la base de exigir responsabilidad estrecha á los nobles de la corte, á quienes juzgaba responsables de todo. Opinaban también por el viaje, el Papa, Granvela y el príncipe de Eboli, Rui Gómez, consejero del rey, aunque inclinándose los tres á que se usasen temperamentos de concordia. Pero Felipe se decidió por la política de represión dura, y después de preparar una gran flota y un numeroso contingente de soldados, declaró que le era imposible ir en persona y que en vez suya iría el duque de Alba. Esto quería decir que iba á implantarse decididamente el sistema de la represión militar. Orange, conoedor, antes de esta declaración, de los planes del rey, trató de organizar la resistencia; pero á esto se opuso enérgicamente Egmont. Viéndose solo, Orange se refugió en sus Estados de Alemania, y muchos protestantes huyeron.

636. Política terrorista del duque de Alba.—La noticia del nombramiento de Alba causó pésimo efecto en Flandes, en Inglaterra y en los demás países donde la reforma había arraigado más ó menos. La regente, que conocía bien el estado del país, protestó de aquella resolución, diciendo que «era tan odiado Alba allí, que su sola venida sería suficiente para que toda la nación española fuese odiada igualmente». No fué

escuchada, y tuvo que dimitir su cargo, el cual, según órdenes del rey, había en adelante de estar sometido al duque de Alba.

Las instrucciones que éste llevaba, no se referían puramente á la represión de la herejía, sino también á la reducción



Fig. 14.—El Duque de Alba

todo movimiento favorable á la autonomía tradicional de aquellos Estados, ó que, meramente representase oposición protesta al sentido centralizador de la política real. En este caso habíase muchos de los nobles católicos y del clero regular, que había protestado de la reforma de los obispados. Continos y otro se dirigió primer término el duque.

Llegó éste á Bruselas el 22 de Agosto de 1568 con 10,000 soldados españoles, italianos y del país, con lo que renovaba el motivo de disgusto que en principio tuvieron flamencos. Pocos días después, prendió á traición, en un bosque al que habían sido invitados por él, al conde de Egmont y á otros nobles importantes (9 de Septiembre). Por conocer de los procesos políticos, creó un tribunal ó consejo llamado «de los desórdenes» y que el pueblo bautizó en seguida con el nombre de «Tribunal de la sangre», por el terrible rigor que usaba. En un solo día sentenció á muerte el Consejo á muchas personas, y los espías y agentes desparramados por todo el país acumulaban denuncia tras denuncia. Distinguióse por su dureza el consejero Juan de Vargas, español, protegido de Alba, el cual acabaron por dejar solo los demás miembros del tribunal que retrocedieron ante el número aterrador de sentencias de muerte.

En vano protestaron de este procedimiento y pidieron

se abandonase, muchos católicos y fieles súbditos del rey y el propio emperador de Alemania. Felipe mantuvo en su puesto al duque y éste siguió con su política terrorista, firmemente convencido de que era el único medio de someter el país. Los hechos le dieron, por de pronto, la razón.

Orange, ayudado por algunos príncipes alemanes y varias ciudades de Holanda, intentó sublevar las provincias, excitándolas mediante una invasión armada que, al mando de su hermano, Luis de Nassau, consiguió una victoria sobre las tropas españolas (Mayo de 1568). Alba respondió á esto con nuevas medidas de represión, cuyo más saliente episodio fué la muerte de los condes de Egmont y de Horn (5 de Junio), realizada á pesar de las peticiones de los príncipes y cardenales y la indignación del pueblo. El rey, no sólo aprobó la sentencia (fundada en motivos políticos), sino que confiscó todos los bienes de Egmont, costando mucho trabajo á Alba salvar una pensión insignificante para la viuda y los hijos del conde. Bergen y Montigny (que se hallaban en España desde 1526) fueron también condenados á muerte. En este mismo año, varios amigos de Egmont, dirigidos por Hinckaert, trataron de secuestrar al duque de Alba; pero la traición de uno de los comprometidos hizo fracasar la conjura y redoblar las medidas represivas.

El terror paralizó los ánimos. La expedición de Luis de Nassau no tuvo eco, y una victoria de los españoles la arrojó del territorio holandés. Una segunda tentativa de Orange, fracasó también, y el duque de Alba pudo celebrar con fiestas en Bruselas el éxito de su política y recibir, con las felicitaciones del Papa (Pío V), una espada bendita y un birrete de gran valor.

Aun después de conseguido así el triunfo político, Alba no abandonó su sistema, continuando las persecuciones políticas y religiosas hasta tal punto, que el episcopado flamenco suplicó que cesasen y se diera paso á la clemencia. Como tantas otras súplicas, ésta no fué escuchada. Pensó entonces el duque en implantar un sistema de contribuciones inusitadas en los Países Bajos. Consistían éstas en el pago de un tanto por ciento en la venta de los bienes muebles é inmuebles: el 5 (veintena) de los primeros y la decena de los segundos. Entonces estalló la oposición